

Maimónides. “Explicación de las palabras hebreas” en *Guía de los perplejos* I. Conaculta, México 2001. pp 63 a 66.

Explicación de las palabras hebreas *tsélem* (imagen) y *dmut* (semejanza); que significan estas palabras de la Escritura: *Hagamos un hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza.*

Tsélem y *dmut*. Hubo quienes pensaron que *tsélem* en lengua hebraica significa la figura de una cosa y sus lineamientos y esto condujo a la pura corporización [de Dios], porque se dice [en la Escritura]: “Hagamos un hombre a nuestra imagen según nuestra semejanza” (*Génesis*, 1:26). Creían, por consiguiente, que Dios tiene la forma de un hombre, es decir, su figura y lineamientos, de lo cual resultaba para ellos la corporización pura de Dios, que admitían como creencia, pensando que, si no lo creyeran así, negarían la existencia de Dios, si Él no fuera [para ellos] un cuerpo con una cara y unas manos semejantes a las suyas en la figura y en las líneas; únicamente admitían que es más grande y más resplandeciente [que ellos] y también que su materia no es carne y sangre. Esto es todo lo más sublime que respecto de Dios podían concebir. En cuanto a lo que hay que decir para descartar la corporeidad y establecer la unidad verdadera –que no puede ser verdadera sin excluir la corporeidad –, la demostración de todo eso la sabrás por el presente tratado; en este capítulo solo quiero atender a la explicación del sentido de *tsélem* y de *dmut*.

Digo que la *forma* en el sentido que la conoce generalmente el vulgo [quiero decir, la figura de una cosa y sus líneas] tiene en lengua hebrea el nombre particular de *tóar*. Este nombre se emplea, por ejemplo, en: “Bello de figura y de rostro” (*Génesis*, XXXIX:6); “¿qué figura tiene?” (*Samuel*, XXVIII); “como la figura de los hijos del rey” (*Jueces*, XIII:18). Se dice, hablando de la forma artificial: “Le da figura con el buril y le da figura con el compás” (*Isaías*, XLIV:13). Es una denominación que jamás se aplica al Altísimo, ¡lejos de nosotros [tal pensamiento]! En cuanto a *tsélem* se aplica a la *forma natural*, quiero decir, a lo que constituye la sustancia de la cosa, por la que viene a ser lo que es y lo que forma su realidad, en tanto que es tal ser [determinado]. En el hombre este algo es de donde viene la *comprensión* humana, y a causa de esta comprensión intelectual se ha dicho de él: “A la imagen de Dios lo creó” (*Génesis*, 1:27). Por eso mismo [hablando de los impíos] se ha dicho también: “Tú desprecias su imagen” (*Salmos*, LXXIII:20); pues el desprecio toca el alma, que es la *forma específica* y no a las figuras de los miembros, ni a sus líneas. Digo también que la razón porque los ídolos se llamaban [*tselamim*] es que aquello que se busca en ellos era algo que se suponía, y de ningún modo por su figura y líneas. Lo mismo digo de las palabras: “las imágenes de vuestros *tehorim*” (*Samuel*, 1:5), pues lo que se pretendía con ellas era apartar la enfermedad de los *tehorim* y no representar simplemente su figura. Si, a pesar de todo, hubiera de admitirse que el nombre *tsélem* había de aplicarse a la figura y líneas de los *tehorim* y de los ídolos, este nombre sería un homónimo o anfibológico, y se aplicaría, no sólo a la forma específica, sino también a la forma artificial, así como a las figuras análogas de los cuerpos físicos y a sus líneas. En las palabras: *Hagamos un hombre a nuestra imagen*, se habría, pues, querido hablar de la forma específica, esto es, de la comprensión intelectual, y no de la figura y las líneas. Así te hemos explicado la diferencia

existente entre *tsélem* [imagen] y *tóar* [figura], y también te hemos explicado el significado de *tsélem*.

Dmut es un hombre [derivado] de *damá* [parecer], e indica igualmente una semejanza por relación con alguna idea; pues las palabras [del salmista]: “Yo me ‘asemejo’ al pelícano del desierto” (*Salmos*, CII:7), no significan que se le pareciese en cuanto a las alas y las plumas, sino que la tristeza del uno se asemejaba a la tristeza del otro. Lo mismo [en este pasaje]: “Ningún árbol en el jardín de Dios se le parecía en belleza” (*Ezequiel*, XXXI:8) se trata de una semejanza por relación con la idea de belleza; [igualmente en estos otros pasajes]: “Tienen veneno semejante al veneno de serpiente” (*Salmos*, LVIII:5); “Se asemeja a un león ávido de presa” (*ibid.*, XVII:12). Todos [estos pasajes indican] una semejanza por relación a determinada idea y no por relación con la figura ni las líneas. Lo mismo: “La semejanza del trono” (*Ezequiel*, I:26) es una semejanza por relación a la idea de elevación y majestad, y no por relación a la forma cuadrada, al grueso y al largo de los pies, como lo creen los espíritus mezquinos, y lo mismo ocurre con la semejanza de los animales (*ibid.*:13).

Como el hombre se distingue de los demás seres que hay bajo la luna por algo muy notable que hay en él y que no hay en ninguno de los otros, a saber, por la comprensión intelectual, para la cual no se emplean ni los sentidos, ni las manos, ni los brazos, esta facultad se ha comparado a la comprensión divina, que tampoco se ejerce por medio de instrumentos, aunque la semejanza no exista en realidad, sino solamente a primera vista. Y por esto, o sea, a causa de la conjunción del intelecto divino con el hombre, es por lo que se ha dicho que éste estaba hecho *a imagen de Dios y a semejanza suya*, [lo que no quiere decir] que el Altísimo sea un cuerpo con una figura cualquiera.